



★

★

El capitán de la guardia no despendiera la más ligera contracción muscular, la más leve vibración nerviosa sin la seguridad del resultado del pugilato. Al escribir la daga no se le movió el golpe en falso; al apretar el mango no se le alargó o se le acortó el trabuco, "se duerno en la puntería".

Si indicase la arremetida fulminante, el adversario afirmado, no bambolea, el gaucheco, venche y rechazado, es fragilísimo en as pleturas de una situación inferior o mediana.

El jaguero no. Recula. Pero al recular se le mueve el combu rru. Es una embromación, persecución solapada. Su adversario tiene, de ahí por delante, tomándose la puntería en el guión de la carabina, un odio inextinguible, oculto en las sombras de las emboscadas.

Si ineficaz la arremetida fulminante, el adversario firmado, no bambolea, el gaucho, vencido o rechazado, es fragilísimo en las aperturas de una situación inferior o indefensa.

El jaguero no. Recula. Pero al regular las más temibles aun. Es una envergadura persecución solapada. Su adversario tiene que ir por delante, tomándole la puntería con el guión de la carabina, un odio inextinguible oculto en las sombras de las emboscadas.









# CIUDAD

Y él, un desesperado, retorno de nuevo el anhelo. Ver una vez más, él ver una vez más, hundirse una vez más en aquella nubes silvestre de sus días infantiles! Era seguro que se moriría; pero no quería morirle sin sentir otra vez, la última, sus manos y su cara, todo el cuerpo desnudo, frotados por la fría suave y fresca de un ramaje; sin llenares los pulmones con las profundas respiraciones del monte virgen, sin sentir en la cabeza la húmeda caricia del relente nocturno sobre las tierras labradas. Si pudiera volver libre, libre, libre, él volvería a morir, él volvería a morir, que se le adhería a las paredes internas de la boca y las narices, atando su carne con preguietas de muerte...

Nuevamente apareció la hermana y se acercó en silencio a la cama. Algo raro debió advertir en el enfermo porque volvió a salir con prisas, no tardando en regresar acompañada del interno de guardia. Huido en ese sopor siniestro que el crepúsculo deja caer sobre los moribundos, atisbándolos como a cosa desconocida y extraña, Lombardi los escuchó cambiar algunas palabras en voz baja. Ante las instancias de la hermana el practicante se enojó de hombros, retirándose en seguida a grandes pasos, con la expresión de quien deja tras de sí una solución definitiva.

¿Entraba la bruma vespertina por la ventana o era que la niebla de la muerte empezaba a condensarse frente a sus ojos? No lo sabía Lombardi; ni le interesaba. ¿Se moría? Bueno. Allí en lo profundo de su conciencia insinuábase la vaga noción de que alguien fuese extinguiendo. De todos modos, la cosa era igual.

Todo el resto de su vitalidad exhausta parecía concentrarse, como la energía de una mano desesperada en el objeto que empuja, en el anhelante pensamiento: ver un árbol... un árbol.

Con los ojos bien abiertos, Lombardi miraba delante de sí. Su vista se extendía más allá de la hermana, franqueaba los muros de la habitación, abarcando dilatados espacios por donde corrían espumosos regatos entre frondosas masas vegetales calentadas por la dorada claridad solar.


—Un árbol... Un árbol...  
La hermana notó el movimiento de los labios y los humedeció con un trozo de algodón empapado en agua. Los labios seguían murmurando algo inaudible. Ella creyó necesaria una palabra de consuelo. Tenía experiencia de esas cosas y no creía llegado el mo-

Y encorvándose sobre la cama, la monja pegó su oído a la boca del enfermo: la gran cruz de cobre del rosario resonó por

—Un árbol... un árbol...

Entre tanto los labios se movían siempre. Ella leía claramente las palabras en la boca azulada por la cianosis. Después de todo —se dijo— aquello sería un alivio para el infante. En el patio ha-

...bin tantas plantas...



**El Esplendor de la Calleja** Aquella calle, como los pueblos felices, no tenía historia. Casi ni tenía pasado, como las mujeres que disgustaban a Oscar Wilde. Nunca había sucedido en ella algo digno de contarse. Era una

A la caída de la tarde, los vecinos sacaban sus sillas y sillones o sentándose simplemente en los umbrales o en el cordón de la vereda, comentaban largamente las incidencias del día, hablaban del tiempo y hacían pronósticos mirando al cielo, mientras sereno bajaba serenidad sobre sus corazones.

Los vecinos vieron con orgullo cómo en poco tiempo cambiaba todo: si bien los chicos no tenían dónde jugar, ni a la tarde eran posibles las largas tertulias de antes en la vereda, ni los chicos cantaban más, asustados por los ruidos, en cambio ahora la calle era una calle de ciudad, una calle de tráfico, una gran avenida.

Por fin llegó el día, no mucho después, en que las reparaciones de la avenida, de la verdadera avenida, estuvieron concluidas y ella fue abierta de nuevo a la circulación. Volvió a ser onegrida lo que había sido antes. Y de la callecita, tal vez, se olvidaron.

ta la esquina de la avenida, y allí se estaban las chicas viendo pasar la gente y los vehículos. Los muchachos ya no jugaban en medio de la calle, pues habían aprendido a subirse en los tranvías y a perseguirse entre los automóviles, y eso tenía más emoción. No podían olvidarlo; y siguieron haciéndolo en la avenida cuando no pudieran hacerlo frente a sus casas.

huzón, cerca del buzón, — por aquí, apenas alcanzan a divisarse, ya saben a qué distancia se

negocio en un día una carta pequeña con la inquietud terrible con que se deja un hijo en un portal! Otras, he visto llegar a una mujer que el marido abandonó, trayendo una carta en que tal vez imploraba el regreso del ausente. Y al cesante de la otra escuela, que cada dos o tres días deposita toda su esperanza en pedidos que nunca le da contestación. Y al hombre de negocios, y al chantagista, y al

Así diciendo, el buzón se ponía rojo de orgullo. En eso llegó un perro, que también se comunicaba con sus semejantes por intermedio del buzón. De moda que lo olió minuciosamente, y alzó pata.

huba de dictar su famoso decreto estableciendo el texto oficial del himno nacional, decreto que provocó la estruendosa oposición que todos recordarán. Esta oposición mantenida en una campaña que contó con el unánime apoyo popular, se exteriorizó en todas las formas inimaginables, desde el artículo de fondo de los diarios hasta las manifestaciones que recorrían las calles vociferando.

La columna era numerosísima, como digo, y marchaba sin ninguna organización que la de su entusiasmo. Por ello no era raro que

—¡Viejo, sí; nuevo, no! ¡Viejo, sí; nuevo, no! ¡Viejo, sí; nuevo, no!

Al lado mío había un hombre que daba muestras de patriótico indignación, gritando a todo trapo, con una voz ya ronca, el mismo modo estrillado:


—¡Viejo, sí; nuevo, no!

MOLAS...

ENTRADA REVISTA MULTICOLOR — Mayor circulación sudamericana — Buenos Aires, Octubre 7 de 1964

\_\_\_\_\_






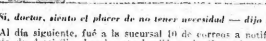
—Si, doctor, alento el placer de no tener necesidad — dijo Mimi.

Al día siguiente, fué a la sucursal [o de] de coreros a notificar su cambio de domicilio. Igualmente lo día en la gerencia.

A los pocos días de vivir en la casa de posición, la patrona le dijo que esperaba nuevos huéspedes.

— Ah, ¿? —

El señor Pérez penetra en su pieza. Al otro día, salía temprano para su ocupación, cuando se cruzó en el vestíbulo con Rosa y su culita, precedidos por la patrona.



*La calle hervía de curiosos...*

Rosa Abrego (como es costumbre) un grito. El señor Pérez abrió mucho los ojos, se puso más pálido, tiró la valleta como cuando le dolía el pie. Exclamó: «¡ma puta!», y se echó a reír.

Sin saber qué hacer, (mucha hubiera imaginado este encuentro) sacó el reloj y como le quedaba justo el tiempo para llegar a la tienda, se encogió el hombro, y salió.

«¿Y de qué se reía a la, amigos?», preguntaba ya pasaba, en el momento, al reformo Manuel Pérez, (descarado como "melancólico delirante").

«He hecho una acción horrible, que no pagaría con el más grande sueldo.

—No será tanto, hombre, alguna equivocación...  
—No. Soy un criminal.  
—Criminal Vd.? No diga eso. No tiene de qué acusarse, lo sé.  
—Ustedes son muy buenos, yo no merezco sus palabras. Yo he matado a mi esposa. La quería tanto; ¡era su vida! y se largó a volar, con sollazos de chico castigado injustamente.  
—Llévate a leer la historia clínica. El señor Pérez no había muerto a nadie. Hubiera sido quemar sus costumbres. Su pequeña alma de señor Pérez no era un alma heroica. Pero, allá, adentro, en el subconsciente... Se lo señor Pérez, yo creo que Vd. ha matado a su mujer. Se lo niego.

**Mimi**

—¡Sí, señor, siento el placer de no tener necesidad. It le no sufrir. Y, después de todo, ¿vale algo esta vida nuestra? Si toda ella es una pura inutilidad...

—No hay nada inútil. Nada estéril. ¿Como se inició en el morfinismo?

—¡Pach! Por capricho. Por curiosidad. Por necesidad... Si, creo que por necesidad profesional. Ellos le exigían. Ellos me obligaron. ¡Ve que sí. Siempre he dicho que sí.

—¿Ellos?

—Sí, mis amigos. Unos chicos muy distinguidos, de muy buen futuro. Decían que eso era bien. Le prometían que no estaba a tono con la civilización el ser un pach. Y, con eso, ellos me ayudaban.

querían tener una amiga terriblemente viciosa, no pudo, no quiso resistir. Me pagaban muy bien. Y aquí me tiene Vd. doctor. Pero si Vd. cura esta... elegancia, ellos me volverán a hacer cura. Y ahora, estoy acostumbrada, me agrada. ¿Es dolorosa la cura?

— ¡Qué va a ser dolorosa! Estos años, muchacha, sobre la mesa de autopsias. No resistiré el corazón.

— Ningún año he venido a Mimi a dar su último paseo en coche. Cierro es que Mimi no estaba bien en su cajón de pino sin cepillar. Sin embargo, tenía una bella carita de virgen.

**La cosa**

— ¡Y cómo fue la cosa?

— Trabajaba allí arriba, en esa enorme palanquilla que será una

casas de departamentos. Fue a tomar un balde de cal, tropezó en un tirante y se vino de cabeza al suelo con su balde prendido de la mano.

El calle hervía de curiosos. Todos querían saber cómo fue la cosa. El que tuvo la suerte de presenciar la caída, era una especie de héroe: casi el dueño del accidente. Un sensacionalista cruel hacía que se agolparan para contemplar a la víctima. La enfermera curiandera, las multitudes necesitaba su dosis diaria de tragedia. Y de estupidez.

Por fin llegó la ambulancia, entre un loco campañuelo. La sangrienta bolsa de huesos rotos fue subida en una camilla. Costó trabajo desprender de la mano rígida el balde de cal. Cuando se fue el carromato, un señor gordo y colorado sentenció nerviosamente:

—Son más descuidados estos tipos... No defienden sus vidas...

Y después es uno el que paga los vidrios rotos. En fin... en realidad paga la compañía de seguros... Encendí un largo cigarro, y penetré en la obra.

En la ciudad sólo quedó un gran cuajaron de sangre que contemplaba embuchado entre doce realcitrantes imbeciles. Allí arriba, entre la undimbre de fierros, los obreros seguan trabajando en la construcción de la enorme casa de inquilinato, como si nada hubiera pasado.

Un obrero meoia

Un regato más a pagar.

Pronto estaba terminada la obra.

Darà un gran interés.

Y los imbeciles mirarán mañana otro cuajaron de sangre esclamando en el suelo, como un gran espanto arrojado desde el cielo negro, una unidad terrible.

★  
JOSE C. BELBEY  
*Ilustraciones de Parpagnoli*



★  
JOSE C. BELBEY  
*Ilustraciones de Parpagnoli*

CRITICA REVISTA MULTICOLOR -- MARZO, ABRIL, MAYO, JUNIO, JULIO, AGOSTO, SEPTIEMBRE, OCTUBRE, NOVIEMBRE, DICIEMBRE -- BUENOS AIRES, OCTUBRE 7 DE 1952

CRITICA REVISTA MULTICOLOR — Mayor circulación sudamericana — Buenos Aires, Octubre 7 de 1953





Esta deportación es uno de los acontecimientos más curiosos de aquella época, y las verdaderas razones que la provocaron permanecieron siempre oscuras. El edicto imperial, por el cual se relegaba al poeta, le reprochaba solamente la publicación del *«Ars amatoria»* y el *«Tratado de la agricultura»*. Roma se lamentaba de que sus escritos no era el motivo exclusivo del grave castigo. Hase divulgado que Ovidio había cometido una falta muy sensible y más personal, pero esto se murmuraba en voz baja y ningún escritor serio ha querido creerlo. En la actualidad se cree que los dos únicos defectos que constituyen las obras mismas de Ovidio, con cuyo estudio pueble, tal vez, intentarse resolver ese interesante enigma histórico-policial.

Para ninguno de los hombres distinguidos que frecuentaban la Corte y los salones de Augusto y Livia, la vida fué tan dulce como para Ovidio. Horacio y Virgilio, sus grandes contemporáneos, no tuvieron un destino tan igual y acertoso y éxitos rotundos como los suyos. Mozabete aún, leía sus versos ante concurridas reuniones, cuya atención había sido hasta ahora reservada para los asuntos mayores: Horacio y Tibulo, Virgilio y Propertio, Roma entera se había ido a los primeros estrofas de la joven provinciana y desde aquel momento no excitó sus aplausos, casi siempre muy ruidosos. Tanto es así que Ovidio, en un estallido imprevisto de entusiasmo, exclamó un día: "Yo he tenido la fortuna de conseguir del mundo viviente toda la gloria que se concede sólo a los muertos".

Cuando Orta dice en sus "Amores" que en Roma él no se ocupó más que de placeres; que Venetia ríela soberana en la ciudad, fundada por su hijo Eneas; que no hay en este ambiente más mujer virtuosa que aquella a quien nadie ha poseído todavía (y que él mismo no ha poseído); que el mundo entero es de los traidores colados con esta "paternal" admonición: "Vosotros podéis tomar todas las precauciones posibles, pero no seréis nunca felices"; que el amor es un monstruo que se alimenta de lágrimas; que el amante seguirá viviendo en su corazón". Observa, en otro punto de su composición poética: "Hay mujeres que son adorables, incluso por la hermandad que por el cariño de sus esposos; pero que no se dejan llevar por el amor, sino que se dejan llevar por el fin. En fin, un venetico lección trasciende los límites: "No sabe vivir el que se atreve a tener su mujer amante; aquel no conoce las costumbres de la ciudad, que no sabe el arte de la vida, que no sabe el arte de vivir y odia los severos derechos de esposo; cultiva en cambio los

Nunca resolveremos si la  
creencia de que unas polaras  
viejas tienen pacto secreto con  
el diablo y pueden operar ma-  
ravillas, es una extensión del  
mito de los ángeles guardianes.

lucen que hacen inspirar las  
anchuras misericordiosas y feos,  
o es una cortina desesperada  
hacen quienes carecen de todo, ya sea en el orden material,  
ya en el intelectual. Lo cierto es que la creencia en las brujas  
es de la más arcaica y antigua

Virgilio afirma que las brujas tienen poder para hacer bajar la luna del cielo; Horacio nos describe dos de ellas, recogiendo hierbas y plantas en un cementerio de Roma, desgranando un cordero de lana negra, maturrizando y construyendo una imagen de cera, sepultando en la tierra de los muertos el hueso de un lobo y ejecutando ceremonias mágicas que hacen congregar a la luna.

Algunos se preguntan el país donde más brujas se han quemado. En el obisado de Bamberg, donde más sacerdotes y en el de

En su seneclad, Augusto se habia convertido en un gran moralista, dedicandose a la tarea de reavivar en un siglo profundamente corrompido el gusto de las virtudes antiguas. Cuando hablaba al Senado o al pueblo, recordaba constantemente los grandes ejemplos de los antepasados. Es probable que Ovidio delatara a Augusto por haberse permitido decir en un momento de afectada admiración solo ahora, después de haber sido el vasto amante de Livia y de otras, también casadas. Desgraciadamente, no se puede imponer la virtud mediante ordenanzas o discursos; las medidas administrativas no bastan para hacer honesta a una nación. El adulterio ya no perturba nuestras familias, las costumbres — las leyes han triunfado sobre el vicio impuro —, tuvo, en la posteridad de su vida, que castigar el adulterio en su misma casa.

La conducta escandalosa de su hija Julia constituyó para Augusto uno de sus dolores más crueles. Ella hilaba la lana, tal como una romana antigua, y Augusto no llevaba otros trajes que los tejidos por su mujer y su hija. Empero, todas esas precauciones no convirtieron a Julia en una Lucrecia. La habían casado sucesivamente con todos los candidatos al Imperio, sin consultarla jamás y con tanta rapidez, que ella casi no podía distinguir a sus maridos de sus novios. Julia advertía muy bien que se le aceptaba sólo porque llevaba en dote el Imperio y de aquí su desto incoherente de ser amada intensa y sinceramente por alguien.

En la corte de Augusto vivía su sobrino Julio Antonio, hijo único del triunviro (muerto trágicamente en Egipto al lado de la reina Cleopatra), y de Octavia, hermana del emperador. Julio enamoró de su primo y tan locamente que por las noches eligió el Foro y los jardines públicos por teatro de sus orgías, como a sus amores un tanto fatigados hubiesen tenido necesidad de rean-

Wurzburgo, novecientos. Uno de los manuales demológicos de más autoridad era el compendio por el inquisidor Jakob Sprenger, que iluminó con sus piadosos hogueras la ciudad de Colonia. El libro se titulaba *Malleus maleficarum* o sea *Mar-*

tiada de los brujos, y consta de tres partes: una, de los procedimientos de brujería; otra, indicios y maneras de descubrirla; y otra, las diversas penas del código y las ventajas de la hoguera sobre la horca. Uno de los indicios infalibles que preconiza Sprenger es el denominado *sello satánico*: una señal en forma de sapo que Belebé solía grabar en los ojos. Previene, sin embargo, que ciertas brujas especialmente ligérrimas y delfinas llevan el disimulo hasta el punto de prescindir del sello delator. Añade que las tales son las más perversas de todas y deben ser quemadas *ante continuo*. Imposible imaginar una equivocación en el P. Sprenger, metódico y honesto investigador que se había documentado en tantas hogueras.

Julia había tenido otros cómplices, además de los ya castigados, Augusta le sabía perfectamente. El nombre de Ovidio empezó a susurrarse en los círculos de la corte, pero no había sido indicio de algún valor que la coincidencia meramente casual de la aparición del "Arte de amar" en el mismo año del destierro de Julia. Puede ser cierto que ella haya leído con gran deleite las lecciones amorosas del poeta, pero era también intorrible que Julia había presenciado aquellos preceptos en los salones de su traducción en verso. El hecho es que el vate de Sulmona no fue esta vez molestado.

## Los amores de la segunda Julia

La policía secreta de Augusto había descubierto los amores adúlteros de Julia con Silano y la participación de Ovidio en las maniobras jurídicas de ambos. El emperador, que desde largo tiempo detestaba al poeta por el mal y la corrupción sembrados con sus obras en la sociedad romana y en el seno mismo de la familia del César, quiso hacerle sentir el peso de una sanción durísima, acaso con la ilusión de poner un dique al libertinaje cada vez más desenfrenado.

Se sostuvo de parte de algunos que el delito de Ovidio no consistió solamente en sus voraces licencias y en su "asistencia" a los amores de Julia y Silano, sino también en alguna relación "más íntima" con la princesa y además en la indiscreción de haber publicado sus poemas, que eran una especie de "diálogo de amor" entre él y Julia. En sus cartas del Ponto, llenas de desesperación y congoja, Ovidio habla sobre un "crimen que el viento comete", y banarse en el viento. En su *Tristia*, libro I, v. 10, dice: "¡Viento, tú, que no tienes finido", es decir, que el poeta no se atrevió ni a llorar a los dos adúlteros al respeto de la moral, ni a revelar a Augusto el "crimen" de su nieta. ¡Eso se explica, por cuanto en aquellos tiempos, especialmente en Roma, era muy peligroso, tanto el silencio como la delación.

### Hacia el destierro

Ovilio ha narrado en una de sus Elegías (Tristia), cómo transcurrió la última noche que pasó en Roma. Nada estaba aún preparado para la partida, bien que Augusto le hubiese dejado el tiempo necesario para arreglarlo todo. La casa se encontraba casi desierta; sólo dos o tres amigos se habían atrevido a concurrir para

Ovidio cruzó el Adriático en el mes de diciembre y una tempestad, de las que son muy frecuentes en aquella estación, volvió

le arrojaron a las playas de Italia, que él creyera no ver de nuevo jamás. Otro hote lo trasladó a Corinto y de aquí fue costando las Ciudades y el Asia Menor, teatro de la Ilíada. Su estro poético se despierta patético y sublimó al surcar el barco el mar sacro de los mitos, los héroes de los amores, y de su castilejo él sale el héroe de la Tragedia. Los milenarios milonarios obsecaban su espíritu y, atravesando el Helesponto helado, canta la pasión de Leandro, que puede ahora visitar a su amada, Here, sin madre de una orilla a otra. La llegada a Tomi, la ciudad donde había de vivir y morir, lo despertó de sus sueños y evocaciones poéticas para ponerle frente a la realidad más dolorosa.

- Las flechas envenenadas de los Getas

La ciudad de Tomi estaba situada a orillas del Mar Negro, no muy lejos del Danubio, en la (Iubrigia, y era una colonia griega, pero habitada en gran parte por sármatas. Ovidio, ya al desembar-

POR

JOSE TUNTAR

ILUSTRACIONES DE PREMIANI

El aspecto de la ciudad tenía algo de extraño y espantoso. Las calles y plazas eran a menudo cruzadas por sirientes a caballo. Su voz era dura, su rostro áspero y amenazador, la barba y los cabellos muy largos; llevaban un arco en la mano y un cuchillo en la cintura. El invierno era tan largo y frío que el vino se helaba en los toneles y los habitantes no podían salir más que en los días de sol, cuando bebían la boca y los ojos, con picles de almohadones. Cuando el Danubio se helaba, los soldados se quitaban las armaduras, "cuyos caballos eran más veloces que los peñeros"; como refiere Ovidio, se precipitaban sobre la campiña y la ciudad, entregándose al derribo y el pillaje y lanzando flechas envenenadas, las que hacían estremecer al poeta al sólo recordar. El soldado que osó de evitáris era encerrarse en casa durante todo el invierno.

Y era raro el caso en que poblaciones enteras cruzaban el gran río, poniendo sillas en la ciudad. Entonces había que tomar las armas y correr a las murallas. El infatigable poeta, quien cuando joven se negara a enrolarse en el ejército, se veía obligado a combatir en su vejez. El ataque era a menudo muy serio y sangriento y las flechas de los bárbaros, esos famosos proyectiles envenenados, caían hasta en medio de las calles. Un día Ovidio recibió una del suelo para remitirla a Roma a sus amigos. "Otro regalo del país de las getas no puedo haceros", les escribió ilustrando la donación con una carta.

Esta era la triste y peligrosa morada del poeta de los "Amores ligeros", explicándose, pues, los continuos esfuerzos y las desesperadas suplicas dirigidas a Roma para salir de la tormentosa situación en que se encontraba. En consecuencia, el poeta se dedicó a jurandole a obtener el "honore celeste" (Augusto), si no el completo, pero al menos un alivio de su penoso suplicio. En estas circunstancias, el poeta se casó con Livia, la hija de un senador, mujer, por cuanto el cantor del "Arte de amor", el amante de la vida Corina, se había casado tres veces. He las dos primeras se casó con una mujer que se suicidó, y la tercera con una mujer, la mecatriz Livia. Había sido este último, evidentemente, un matrimonio político, contraindo con el fin de poner pie en el gran mundo de la política romana. En consecuencia, el poeta se casó con una mujer, su desgracia, era mujer no ojala ningún lugar en las poéticas de Virgilio, pero ahora, en Tómi, "no transcurrir un día, ni una noche, sin que yo me acordara de mi patria". En consecuencia, el poeta se convirtió en modelo de esposo. Mas parece que los arriotes apasionados del desterrado no convivieran demasiado a su mujer, la que probablemente ejerció su influencia en la Corte más bien para su propio provecho que para el de su esposo.

Las adulaciones, en versos naturalmente, para impetrar gracia de Augusto, no tienen límites ni andar. Ovidio, no solamente lo pone por encima de todos los héroes de la antigüedad, sino que le sacrifica al mismo Júpiter, "por cuanto este es un dios puramente imaginario, mientras que el otro, Augusto, es un dios visible". Y cuando su amigo Cotia le remite las imágenes del emperador y su familia, Ovidio hace construir a propósito una capilla para venerarlas devotamente. Era el suyo un verdadero delirio de adulación. Augusto, en su carta, no tuvo implacable, sino sólo complacido por los versos, ni por las cartas, ni tampoco por la construcción de la capilla.

Muerto Augusto, Ovidio se apresura a ponerse en tula con el suceso, Tiberio, al cual comencía a traer en Roma. Se mueven los ditirambos y las humildes invocaciones, como si el alma dura y desdenosa del hijo de Livia pudiera mostrarse sensible a los ruegos de un hijo de un poeta. Ovidio escribe, revivido su poema "Los Fastos" para introducir algunas alusiones al nuevo rehano y otros elogios al de Augusto, cuando la muerte lo sorprende a los 35 años de edad, ocho de los cuales transcurridos en la inhospitalaria Roma.

Al término sus días el poeta que junto a Horacio y Virgilio ocupa el lugar más destacado en el Parnaso de la deslumbrante edad de Augusto,

## D

JUAN L. ORTIZ. — *El Agua y la Noche*. Editorial P. A. C.

[illegible][illegible]

Sin embargo, sería oportuno preguntarse que al saber que Arturo C. Schlatter no ha sido excluido totalmente del libro que aparece bajo su nombre. Le corresponden algunas impresiones de haber leído el libro y haberse dado cuenta de estas infracciones a una modestia uve aditivo conadista, pero mi prohibido de crítica me impide dar una desagradable denuncia.

[illegible]

CRITICA REVISTA MULTICOLOR — Mayor circulación sudamericana — Buenos Aires, Octubre 7 de 1933